

RECORDACIÓN DE ANTONIO MACHADO*

Ámbito de Baeza

Cuando Machado recalca en Baeza está todavía caliente su tragedia. Leonor ha muerto como consecuencia del ataque de hemoptisis que sufrió en París. Para el poeta ya nada tiene significado. Únicamente el tiempo gravita lentamente sobre él como algo de lo cual resulta imposible evadirse. Cuando el tiempo se adensa y nos lastra obligándonos a entender la vida con un sentido de resignación, la trayectoria por la que nos determinamos ha de constituir una seria ruptura tanto en la vida afectiva como en la intelectual. En Soria, Machado había descubierto una nueva luz. En Baeza, Machado descubrirá una nueva y distinta intimidad, un nuevo ensimismamiento, una abstracción que le permite leer a Unamuno a solas y recordar de vez en cuando al tino de Bergson o escribir doloridamente a Juan Ramón Jiménez: «Yo trabajo todo lo que puedo, repuesto por voluntad desesperada de una honda crisis que me llevaba al aniquilamiento. Cuando perdí a mi mujer, pensé pegarme un tiro... No creas que soy un agriado por la soledad. No, ¡santa soledad!...» ¿Qué poeta absoluto podría abominar de la soledad y no encontrar en Baeza el más apetecible de los retiros, la más oportuna distanciación de su terrible trance? Ese «poblachón andaluz» –como despectivamente le llamó Unamuno, siempre tan radical en sus apreciaciones– era un paisaje nuevo perfectamente asequible al rigor de sus lecturas y relecturas.

* Selección del fragmento de interés para el propósito del libro. A. Ch., editor.

Entre estas últimas habría que incluir a Jorge Manrique y a Gonzalo de Berceo, sus clásicos predilectos.

JOSÉ GERARDO MANRIQUE DE LARA

(*Pueblo*, Madrid, 23 de julio de 1975. Suplemento «Los miércoles de...»)